

## UN DICCIONARIO ARAUCANO (I)

El benemérito misionero alemán a quien la ciencia ya debe la excelente *Gramática Araucana*, publicada en 1903 en Valdivia, y la interesantísima colección de narraciones, descripciones de costumbres, cuentos, canciones, etc., recogida con ayuda de su compañero de trabajos, Fray Sigifredo de Fraunhäusl, y publicada con el modesto título de *Lecturas Araucanas* en Valdivia, 1910, acaba de dar término a una de las obras de mayor mérito científico que se han dado a la prensa en Chile.

Lo que hasta ahora poseíamos de diccionarios araucanos se reducía a lo siguiente: 1) Un pequeño *Vocabulario de la Lengua de Chile* (unas 80 páginas chicas) compuesto por el Padre *Luis de Valdivia*, S. J., en 1606; 2) Un *diccionario araucano-latino* de unas 200 páginas, publicado por el misionero alemán *Bernardo Havestadt*, S. J., en 1777, como Cuarta Parte de su grande obra *Chilidúgu, sive Res Chilenses*... en Alemania, pero confeccionado años antes en Chile. La Quinta Parte del mismo libro contiene un índice de 72 páginas que comprende palabras latinas en orden alfabético, pero no da la traducción mapuche, sino solamente referencias a los párrafos del libro en que se

---

(1) *Fray Félix José de Augusta*, Misionero Apostólico Capuchino en Chile: *Diccionario Araucano-Español y Español-Araucano*. Tomo Primero. *Araucano-Español*. Santiago de Chile, Imprenta Universitaria, Bandera 130. 1916.—XVI + 291 págs. 12,5 por 21 cm. Tomo Segundo, *Español-Araucano*, 421 págs. del mismo tamaño. Ibid.

mencionan las voces correspondientes, lo cual resulta muy poco cómodo; 3) El diccionario más manual y práctico que poseíamos hasta hoy era el *Calepino Chileno-Hispano* (267 páginas chicas) y el *Vocabulario Hispano-Chileno* (116 págs.), publicados en Lima, 1765, por el misionero catalán *Andrés Febrés*, S. J., en su *Arte de la Lengua General del Reyno de Chile*.

De este libro de Febrés se hizo en 1846 una nueva edición «adicionada y corregida» por Fray Antonio Hernández Calzada, que en tres tomos contiene los dos diccionarios y la Gramática. Las alteraciones de Hernández son considerables; a veces contradicen expresamente a Febrés, porque se fundan en materiales recogidos en época más moderna y de otros dialectos. Por desgracia faltan indicaciones detalladas al respecto. En los diccionarios de Hernández se han suprimido muchas palabras que sin embargo existen hasta hoy en ciertos dialectos; las añadiduras de voces no registradas en el original son bastante abundantes también.

Con estos materiales a la vista se puso Fray Félix José a la obra, y harto trabajó en los veinte años que ya han pasado desde que comenzó con sus compañeros a dar nueva vida a la misión araucana. Durante largos años se dedicó con dos ayudantes indios en la misión del Budi, y después con otro en la de Panguipulli (Fray Félix recuerda los tres nombres con gratitud) a revisar sistemáticamente todos los materiales acumulados por sus antecesores y por sus propios trabajos. Con la intención de crear, lo mismo que lo había hecho con su Gramática, un auxiliar cómodo y práctico para enseñar la lengua de Chile a los futuros misioneros, eliminó de su *Diccionario Araucano* todas las palabras anticuadas o que no corresponden a los dos dialectos tratados. Dentro de los propósitos de la Prefectura Apostólica, que nadie tiene el derecho de criticar, este procedimiento era atinado. Los que desean catequizar y civilizar a los indios, los futuros misioneros, no sabrían que hacerse con un diccionario que presentara revueltas las voces de diferentes regiones y épocas. En cambio, el que haya aprendido el dialecto que se ha tomado como base, no tendrá mucha dificultad para entender y aprender el lenguaje de otra región,

pues, en el fondo las divergencias que muestra el idioma mapuche en los distintos distritos son más bien variaciones fonéticas y lexicales que alteraciones en la estructura de la lengua.

Dentro de estos límites el material recogido por fray Félix naturalmente no pretende ser un diccionario completo de todas las voces usadas. Diccionarios completos de lenguas vivas no pueden existir; menos aun cuando se trata de un idioma que compone palabras nuevas con los elementos dados con tanta facilidad como el araucano. Precisamente, en la abundancia con que el autor ha hecho entrar los verbos derivados y compuestos con sustantivos y otros elementos incorporados, está el principal mérito de estos diccionarios nuevos. Los autores antiguos se habían limitado esencialmente a recoger y anotar las palabras simples y sus composiciones cortas más frecuentes. Recuerdo muy bien cuánto me costó, hace veinticinco años, cuando me puse a analizar los cuentos apuntados según ingenuo dictado de indios, que ofrecían tantas veces palabras largas no registradas en los vocabularios antiguos. Sabiendo las leyes de la estructura del idioma y encontrando los elementos simples, es posible comprender el significado de las derivaciones compuestas; y generalmente, conocía yo también por la comunicación del indio, lo esencial de las ideas que contenían los cuentos. Pero otra cosa es cuando el extranjero pretende no sólo entender dictados apuntados, sino dirigirse él mismo al indio que ignora el castellano. Entonces no basta saber una manera como tal vez se puede expresar en mapuche tal o cual frase castellana, hay que saber cuál de las diversas maneras, teóricamente posibles es la que en efecto usa el indio. Para esto era indispensable poner en manos del misionero un diccionario castellano-mapuche abundante; y a esta tarea se dedicó el autor con tanto empeño que el segundo tomo llegó a tener 130 páginas más que el primero. Entre lenguas tan distintas en su cultura y en su gramática, como lo son el castellano y el araucano, sólo en un número reducido de conceptos materiales y de abstractos sencillos, para no decir infantiles, hay verdadera traducción para palabras aisladas. En muchísimos casos el autor se ve obligado a explicar con frases enteras

el significado de un solo término español, y a menudo se siguen varias frases completas para dar una idea al indio. Un ejemplo aclarará la dificultad. La palabra «justicia» se explica en mapuche por tres renglones que literalmente vertidos al castellano dicen: el ser *justo* (se emplea la voz castellana) un hombre o una cosa; su siempre proseguir sólo recta cosa un hombre; su siempre bien enderezar o igualar las cosas un *juez* (la voz castellana); su ser buen enderezador de cosas un hombre. «Misericordia» se traduce: estar llevando el corazón enfermo para con la gente, estar llevando el pensamiento enfermo para con la gente; seguir ofreciendo servicios a la gente; estar teniendo cuidado con la gente.

El filólogo goza con tales cosas porque ve el lenguaje humano en formación. Las expresiones mapuches son palabras largas compuestas conforme al genio de la lengua y que el indio comprende aunque no las haya oído nunca. Ninguna de las cuatro traducciones de «misericordia» se halla en igual forma en la parte araucano española; ni es necesario que se halle allí. Pero tan bien corresponde a la idea que debemos sólo analizar «miseri-cordia» la cualidad de tener el corazón (*cor, cordis*) mísero (*miser*=enfermo, desgraciado, en latín) para ver que decimos lo mismo.

Se comprenderá cuánto trabajo habrá costado al autor establecer con la ayuda de sus intérpretes tales explicaciones. Naturalmente, tampoco serviría al misionero para nada si aprendiera mecánicamente de memoria tales palabras recién creadas en mapuche. Solo el que ya se sabe todo lo esencial de la gramática india será capaz de consultar con éxito el diccionario, y para él será una lectura provechosa y divertida.

En cuanto al material de voces indias reunidas en la primera parte, huelga decir que es inmensamente superior a todo lo que existía antes y que pocos idiomas americanos modernos se pueden presentar al mundo científico en forma tan perfecta como la lengua de Chile. Para mostrar hasta cuáles extremos fué la conciencia y la laboriosidad de fray Félix, llamaré especialmente la atención al cuidado con que no sólo recogió los muchos centenares de términos indios referentes a nombres de

plantas y animales, sino que también trató de averiguar su clasificación científica. Sin esto, muchas veces debería haberse contentado con indicaciones tan vagas como las contestaciones de nuestros campesinos al preguntárseles por el nombre vulgar de un «pastito» o un «bicho». El indio conoce la naturaleza de su país mucho mejor que el «huaso» chileno. Pues, fray Félix reunió todo lo que pudo de plantas cuyos nombre le decían los indios en un herbario y lo mandó al Instituto Pedagógico, donde el profesor de botánica, doctor F. Johow, le apuntó los nombres científicos y le agradeció los nombres vulgares que en gran parte eran ignorados todavía, pues los usados correspondían a denominaciones antiguas de los indios de otras regiones más centrales.

Así el diccionario araucano aventaja al de la Real Academia que hasta hoy no registra los nombres científicos de los objetos de historia natural. Para muchos de estos nombres que han pasado al lenguaje vulgar de Chile y que registré en mi *Diccionario etimológico de las voces chilenas derivadas de lenguas indígenas americanas* con la indicación «será mapuche», puedo ahora dar la forma exacta de su original.

Es evidente que la filología araucana con estas grandes obras de Fray Félix todavía no ha llegado al término de sus tareas. Es de esperar que otros misioneros se pongan al trabajo de completar el diccionario con las voces corrientes en otras regiones y que estas listas se publiquen oportunamente. Entonces pronto llegaría el tiempo para confeccionar la obra definitiva: un gran diccionario histórico y comparado que mostrara en tipo grande todas las voces primitivas con indicación de lugar y fecha de la documentación, y en tipo menor todas las composiciones y derivaciones modernas, necesarias para el manejo práctico del idioma. Convendría, naturalmente, escribir todas las palabras, cualquiera que sea su fuente literaria, en la escritura fonética sencilla, pero enteramente suficiente que emplea Fray Félix, tal vez poniendo la ortografía original de Valdivia o Febrés, entre paréntesis. Así se evitaría en adelante que aficionados incautos que buscan las etimologías, p. ej., de nombres geográficos chilenos, tomen el rábano por las ho-

jas, quiero decir, las letras por los sonidos, como ha sucedido tantas veces, interpretando, v. gr., la escritura de Febrés *gùrù* como *guru*, cuando su continuación chilena es *ñirre* o *ñiri*.

Otra tarea de gran interés lingüístico general sería un análisis psicológico de la gramática verdadera del idioma. El mapuche es una lengua que tiene diversos rasgos sumamente curiosos. Hay sólo una clase de flexión aglutinada en ella, que se debe considerar como algo parecido a la conjugación de las lenguas europeas. Los sustantivos y adjetivos en sí son invariables, no hay declinación ni concordancia. Pero tampoco hay preposiciones; sólo existe un sufijo de sentido muy vago que tiene una función parecida a la de las preposiciones. En cambio, no sólo los verbos sino también sustantivos, adjetivos y adverbios pueden conjugarse, juntarse con pronombres sujetos aglutinados. ¿Cómo se expresa entonces la relación gramatical entre los diferentes complementos del pensamiento, si ni siquiera existen casos complementarios de los pronombres personales?

El análisis de estos elementos deberá prescindir de todas las ideas corrientes en nuestras gramáticas para averiguar cómo se expresa el pensamiento indio; la cosa no será fácil, pero interesante para la lingüística general y la psicología del lenguaje humano.

Si estos trabajos no se han de hacer en Chile, ¿dónde se harán? Me parece, pues, conveniente fomentar el amor por la filología araucana en el país. Para este efecto será de mucha importancia que los libros clásicos confeccionados por el celo religioso de los misioneros, la *Gramática Araucana*, las *Lecturas* y los dos *Diccionarios* que dieron ocasión a estas líneas, se pongan a la disposición de los estudiosos en las bibliotecas públicas y populares del país, y sobre todo en las de los liceos y otras instituciones de enseñanza. Los profesores de idiomas y de historia, sobre todo los que viven en las regiones donde todavía existen indios que hablan su lengua, son las personas indicadas para continuar los estudios araucanistas y a colaborar así en la tarea de la civilización de los indios, para salvar en beneficio de la nación chilena esas inapreciables fuerzas físicas

e intelectuales del indio. Así como es obligación del Gobierno establecer escuelas para enseñar el castellano a los indígenas (y los profesores, naturalmente, deben hablar al menos medianamente la lengua de los educandos), así también es necesario que los empleados públicos (judiciales, administrativos, agrimensores, etc.) encargados de la radicación definitiva de los indígenas, se busquen de preferencia entre personas que conocen el idioma mapuche. Con los libros de Fray Félix José en la mano, ya cualquier persona de buena voluntad puede aprender la lengua de los aborígenes de Chile. El que quiera tratar de etimologías de nombres geográficos chilenos, asunto que ya ha tentado a muchos, debe comenzar por ahí. La simple consulta del *Diccionario* sólo basta si se trata de palabras simples; de la composición de palabras sólo puede hablar el que conozca también la gramática.

Resumiendo esta ya larga reseña diré que el gran *Diccionario Araucano-Español* no sólo hace honor al celo religioso de las misiones capuchinas y constituye un progreso científico del cual la nación chilena puede enorgullecerse, sino que también mostrará en el extranjero el progreso de la tipografía en Chile. La impresión hecha por la Imprenta Universitaria, con todo esmero, dió al libro una vestimenta digna de su valor intrínseco.

RODOLFO LENZ.

Santiago, 10 de Septiembre de 1917.